

LA FAMILIA

PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO, DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCIÓN DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ-COKE

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 15 DE ENERO DE 1891

NÚM. 11



VICTORIA I, REGINA ET IMPERATRIX

SUMARIO.—NUESTROS GRABADOS.—CARTA PARISIENSE, por *Ambrosina C.*—EL COLLARCITO DE ÁMBAR, por *Lodoiska Maapaka.*—CARTAS JAPONESAS, por *El Conde Tchí.*—CIENCIAS: PROBLEMAS DEL PORVENIR, por *Octavio Lemón.*—MANUAL DE LA DUENA DE CASA, por *Emmeline Raymond.*—ECONOMÍA DOMÉSTICA.—SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NÚMERO ANTERIOR.—BUZÓN DE "LA FAMILIA": Correspondencia. Consultas.—AVISOS.—FOLLETÍN.

NUESTROS GRABADOS

VICTORIA I, REGINA ET IMPERATRIX

La reina Victoria está en el año quincuagésimo cuarto de su glorioso reinado, y según toda apariencia, seguirá rigiendo por muchos años todavía los destinos del pueblo inglés. Con motivo de su jubileo, que se efectuó en 1887, los órganos de la prensa del mundo estamparon su biografía, hoy ya conocida de todas las personas de cierta ilustración.

Si la influencia política de S. M. R. é I. ha sido durante su gobierno casi nula, su influencia moral ha sido inmensa, y bajo ese punto de vista toda la grandeza del vasto imperio británico parece resumirse en su augusta persona.

Puede decirse que la única sombra que empaña el lustre de su larga administración, es la triste cuestión irlandesa, que no parece todavía estar en vías de solucionarse. Es indudable que el influjo de la egregia soberana no ha pesado ni mucho ni poco en ese lamentable conflicto.

El pueblo británico venera en su soberana no solamente las seculares tradiciones de la monarquía, sino también las grandes virtudes que distinguen a la que fué abnegada esposa y es solícita madre y tierna abuela.

Cuando ha desempeñado su papel de reina en Londres durante la temporada parlamentaria, S. M. se retira á su poético solar de Balmoral, en Escocia, y ahí grandes y pequeños, príncipes, embajadores y humilde pueblo se acercan á ella con la misma facilidad y son recibidos con la misma afabilidad y sencillez. En Balmoral la reina Victoria es una inglesa cualquiera, que visita á los pobres de la comarca, les lleva ella misma el consuelo de sus palabras y la ayuda de su dinero. Muchas veces se encuentra á la cabecera de algún enfermo, en miserable vivienda, á una mujer modestísimamente ataviada, que lee en alta voz un libro místico. Es la reina.

Pero esto sucede en Escocia, porque S. M. ama mucho á sus *highlanders* (montañeses). En Windsor ó en Saint James, la soberana recupera todo su esplendor y aparato, y no hay monarca que sea más celoso que ella de la prerrogativa real.

EL EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

Es una construcción severa, sin grandes pretensiones arquitectónicas, pero adecuada á su fin, y que no carece de cierta majestad.

Dado el gran desarrollo que ha adquirido la instrucción superior en Chile, la Universidad ha llegado á ser estrecha para dar cabida á todos los cursos que ahí se siguen. En los últimos tiempos se ha separado de ella el de Medicina, que tiene su edificio especial.

Se sabe que la Universidad de Chile no es sino una sección del Instituto Nacional, cuyo asiento ocupa toda la manzana en la cual se halla, por decirlo así, engastado el edificio universitario.

CARTA PARISIENSE

Una gran novedad lírica.—*Sansón y Dalila.*—Cómo se viste á los niños.—Revista de modas para el mundo de los chiquitines.

París, 3 de diciembre de 1890.

SEÑORA DIRECTORA DE LA FAMILIA.

Amiga querida:

En el teatro Lírico, una grande obra de Camille Saint-Saëns acaba de reve-

larse, al mismo tiempo que desaparece del mundo un célebre músico, César Frank, el autor de las admirables *Beautitudes*, el doctor evangélico que la inspiración religiosa ha llevado á las más altas cimas del arte.

¿Es posible que *Sansón y Dalila*, ese drama lírico que es hoy aplaudido por todo París, es posible digo, que haya esperado quince años para mostrarse á la luz? Sí, y tal vez por eso alcanza hoy tanta fama; porque nuestro *fin de siglo* aspira á la sencillez y pide emociones nuevas al sentimiento religioso. *Sansón y Dalila*, compuesto sin destino determinado, ha resistido á la caducidad de las óperas mandadas hacer; y ha podido aguardar el despertar estético y llegar á hora oportuna.

Todo el primer acto es lírico; un corto preludio, sollozos de violines al cual contesta, del fondo de la escena, oculto todavía, el quejido del pueblo cautivo que llora su derrota. Muy nueva es la melopea grave, el sentimiento contenido del canto de libertad dicho al unísono por las mujeres y los ancianos. ¡Y el delicioso fin del acto, todo perfumado de juventud! Dalila se adelanta hacia el vencedor; á una señal de ella, las jóvenes sacerdotisas, sus compañeras, forman y deshacen los grupos; y su canto se insinúa lo mismo que un filtro amoroso. En cuanto al terceto entre Dalila, Sansón y el anciano, es una maravilla de gracia y de frescura que sólo puede pertenecer á Saint-Saëns, á él no más.

La tragedia principia en el segundo acto; la armonía se transfigura, los caracteres se dibujan, los tres de repente: el gran sacerdote de Dagón, personaje de segundo plano y muy de ópera: Sansón, piadoso, sensual, instrumento de Dios y juguete de la mujer; Dalila, mala y pérfida, que ha jurado la pérdida del enemigo de su raza. Casi todo este acto es soberbio en cuanto á pasión, pero nada hay de bajo, nada de turbio; un gran aliento con mil ingeniosas modulaciones, armonías que son imágenes; frases que se podrían citar como los bellos versos de una tragedia.

Sin embargo, las bellezas superiores de la obra están quizás en el tercer acto. Y son de un realismo muy atrevido, pero nunca brutal. Las estanzas de Sansón ciego y encadenado, haciendo girar la muela, llegan á la más grande intensidad de emoción. Los abonados de la Ópera tal vez se burlarían de esa escena, pero tengo la convicción de que un día reconocerán toda la hermosura de tales obras.

El último cuadro representa el templo de Dagón, donde los filisteos celebran la victoria. Sansón es conducido ahí. El gran sacerdote se ríe de él con Dalila, que le vuelve á decir las frases de amor de otro tiempo. La plegaria de Sansón, resignado ante el ultraje, su cólera santa cuando, invitado á beber en honor de los dioses, suplica á Jehová que le devuelva su fuerza á fin de vengarle; todo ese nuevo aspecto del personaje, idealizado por el arrepentimiento y el dolor, contiene todavía páginas muy bellas, muy conmovedoras.

La orquesta y los coros del Teatro Lírico honran á los señores Gabriel Marie y Marby que los han formado en pocos meses. La señora Rosina Bloch ha representado á *Dalila* con mucho talento, y Talazac hace un *Sansón* perfecto.

Como buena chilena, adoro la música y si te he hablado con algunos detalles de *Dalila*, es porque encuentro muy linda y muy original este género de representación, y no dudo que á los fieles de LA FAMILIA les gustará conocer las novedades del día, tanto por el lado del arte como por el lado de la moda.

* * *

Ayer, mientras paseaba á mis chiquillos por los Campos Elíseos, al ver tanta gente pequeña correr en todo sentido, me he propuesto hablarte hoy de cómo en París se viste á los pequeñuelos, porque se nota en sus trajes una pequeña transformación.

El talle de las *guaguas* y de las niñas, considerablemente disminuído de altura, llega sólo hasta la cintura: lo que el corpiño pierde en altura lo aprovecha el vestido, que no por eso baja más allá de la medida convencional.

El vestido habitual de los niños de uno á cuatro años, está recogido en el talle, bordado sobre el contorno inferior, bordado también en forma de pieza cortada en los puños de las mangas, sobre la cintura redonda. Un excelente vestido que se puede elegir entre todos, es el de franela escocesa, cortado al sesgo, con adorno de terciopelo dispuesto en cinturón; éste tapa parte de tres pliegues que suben sobre la delantera del corpiño; puños y mangas *bouffantes*, y cuello del mismo terciopelo.

Para traje elegante, se elige entre la *velutina*, la *popelina* de seda y el *raso de la reina* de color.

La hechura rusa, muy de moda en esta estación, es indiferentemente aplicada á los niños chicos, lo mismo que á los grandes, así es que los modelos ingleses gozan de menos popularidad.

El vestido ruso, cortado de un solo pedazo de arriba hasta abajo, fruncido ó recogido en la descotadura y en el talle, está cerrado de lado sobre la delantera, debajo de un pliegue bordado con un cinturón de metal verdadero ó aparente.

Todas las formas de capas de señora, han sido reducidas, en proporción, para el uso de los niños. Para ello se hace el *chaquet* de punto de media, cerrado y cruzado por delante con dos hileras de botones y cuello derecho. El gabán se hace de terciopelo de color. Ese gabán tableado en toda su longitud, debajo de un cinturón, es de mangas dobles, estrecha la una; la otra, del género *jockey*, baja sólo hasta el codo. La capa, grande y larga, fruncida arriba, se hace de paño crespo ó de fantasía.

Para los niños hombres, siempre *guaguas*, se elige de preferencia la gorrita, ó si no el fieltro adornado con plumas. Para las niñas, la capota inglesa, el gorro *chiffonné* (arrugado) con plumas, ó si no el gran sombrero de fieltro de color claro, adornado con alas de pajaritos y con cinta de terciopelo ó de *otomana*.

Las niñas de cuatro á ocho años se asemejan también á las señoras por la forma y los adornos de los vestidos: traje con corpiño, chaqueta de paño escocés sobre chaleco y mangas de seda llana ó si no de terciopelo guarnecido de bordados. Vestido de *turquesa* (seda que llaman "de borlón") con corselete abierto al medio, por delante, y dispuesto de cada lado, como chaqueta *bolero*. Los trajes *ricos*, refajo de bordado de seda, sobre transparente, con corpiño mitad seda, mitad bordado, son de mucha elegancia y de mucho gusto. Te citaré otro traje de ceremonia: un vestido de *falla* francesa, color corazon de lechuga. Refajo llano fruncido en el talle, guarnecido en el borde inferior con un encarrujado. El corpiño, fruncido también en el talle, con pieza cortada de terciopelo verde-mirto, está rodeado de una golilla, así como el cuello y los puños de las mangas, que son también de terciopelo. El atavío se completa con un sombrero grande de fieltro verde mirto, ondulado, adornado con plumas de avestruz. Los abrigos que pueden tapar este vestido son: el macfarán, con pieza cortada de terciopelo; la capa escocesa, con pieza cortada de astrakán y esclavina; el gabán anamita de doble pliegue sobre el lado de detrás de la pollera, manga estrecha debajo de una manga *bouffante*. También se ve la capa rusa cerrada al lado, con manga redonda un poco larga.

Con el talle acortado de las niñas y la pollera derecha de las señoras, es difícil establecer una diferencia sensible en el traje de las niñas desde los ocho ó diez años. La pollera derecha, recogida ó tableada al rededor del talle, bordada en el contorno, es de forma corriente. Lo mismo que para las señoras, se hacen bordados en aplicaciones

de terciopelo sobre las polleras, y sobre las piezas cortadas de los corpiños. El adorno de las cintas estrechas de terciopelo dispuestas en forma de reja sobre un contorno de pollera y pieza cortada de corpiño es muy joven y de buen gusto. Conviene así á un vestido de seda como á uno de buena lana.

En cuanto á los sombreros, nada los distingue de los de las señoras, á no ser más sencillez en el adorno: se usan sólo cintas, alas ó pajaritos con mezcla de cinta ó de terciopelo. También te señalaré el gorro de pieles, que se encuentra de todos precios y que conviene lo mismo para traje rico que para paseos y juegos.

A los catorce ó quince años, se usa el sombrero de bordes estrechos adelante y levantados en el lado y con adorno de pajarito ó de cinta. A esa edad el abrigo habitual no puede ser otro que chaquet ó la triple esclavina.

Para los niños hombres, el traje ruso es el que se adopta, sin perjuicio del traje marinero. Hasta los catorce años uno y otro son generalmente empleados.

El ruso difiere poco del marino; el pantalón corto es el mismo; la blusa, cortada como la del marinero, lleva cuello alto, pero cerrado en el lado derecho debajo una pieza bordada al punto ruso, azul, amarillo ó colorado. También se lleva el traje de marino con pantalón largo.

Al lado de esas formas prácticas, hay el traje egipcio, de paño fino, de todos colores. El pantalón corto es el mismo; la blusa, de la misma forma, pero abierta en el medio á manera de V estrecha y prolongada sobre un *plastron* de seda blanca ó de paño blanco bordado, con un dibujo oriental al rededor del cuello; está cerrada á cada lado del *plastron* por una hilerita de botones de oro. El gorro conviene á ese traje.

Desde los once años se lleva el traje *vestón* que es muy cómodo; se compone de una chaqueta, de un chaleco y de un pantalón largo, ó corto, según la edad. Este traje se hace de paño de fantasía, y el sombrero de fieltro tieso es su complemento. La moda del velocipedo ha creado el traje *veloceman*; comporta un calzón ajustado, de tejido jersey, y de una chaqueta, de jersey también, de forma derecha, y cerrada de arriba abajo.

Los sobretodos para niños y jóvenes difieren muy poco. Para estos últimos, son cruzados y de vueltas, con cuello del mismo paño.

Para los niños de cuatro á ocho años también son de paño con gran cuello de terciopelo. De cuatro á ocho años, los niños llevan gorro, sombrero marinero ó bretón. Desde esa edad, para las salidas cotidianas, llevan el gorro marino y el sombrero de fieltro suelto; más tarde, desde doce años, sombrero análogo al de los hombres grandes.

Te abraza muy afectuosamente tu amiga

AMBROSINA C.

EL COLLARCITO DE ÁMBAR

(MEMORIAS DE ULTRATUMBA)

Mi infancia se pierde en las tinieblas de la edad prehistórica. Hasta donde alcanzo á rastrear mis recuerdos, veo una vasta sala en que se mueven cabezas rubias y morenas; ágiles dedos de hada enhebran perlas, empaquetan collares, de los cuales muchos son mis hermanos. Sonó mi hora también, y fuí encerrado en una cajita color de rosa, muy bonita de aspecto, pero tan estrecha, que apenas instalada en ella perdí el uso de los sentidos. Puede decirse que, en el letargo y la oscuridad del sueño, he dado la vuelta al mundo, burlado milagrosamente la voracidad de una ballena y la codicia de unos fueguinos, y desembarcado, por fin, en un puerto que llaman Valparaíso. Un hombre caritativo, aunque feo, abrió allí mi prisión, me examinó, me tocó, hasta me olfateó; pero,

¡ay! bien pronto me relegó otra vez á mi calabozo rosado.

De nuevo experimenté sacudimientos dolorosos, rudos golpes, el traqueteo de ásperos vehículos. Después vino una época de descanso. Un día me encontré en una tienda elegante, clara y perfumada, llena de aguas de olor y de pastillas, en medio de gentes que hablaban una lengua extraña para mí. Poco á poco, me fuí acostumbrando al idioma, y logré comprender todo lo que se decía; así supe que estaba en Santiago de Chile.

La cajita que había sido mi camarote llegó completamente destrozada al término de nuestro largo viaje; la arrojaron á la basura por inútil, y yo tuve la dicha de vivir al aire libre, en constante trato con la curiosidad pública. Me pusieron en un escaparate que daba á una calle muy central; ¡Cuántas caras donosas ó mezquinas he visto pasar frente á mi ventana! ¡Cuántos hermosos niños, cuántas señoras de rostro regañón, cuantos hombres formales! A veces delante de mí se paraba una muchachita risueña, colgada del vestido de su mamá y me señalaba con el dedito. Entonces, me sentía orgulloso de vivir en el mundo de los vivos.

Sin embargo, no tardé en aburrirme de esa exhibición perpetua ante la mirada de los transeúntes. De día, tenía que soportar los rayos del sol que, como dardos de acero candente, caían sobre mí y me daban fiebre; de noche, me hacía pasar fuertes sustos una luz de gas puesta encima de mi cabeza. Sucedió que creyeran conveniente mis tutores hacerme cambiar de lugar. Me quitaron del escaparate y me colocaron en un magnífico frasco de cristal de ancha boca, en compañía de unos collares descoloridos y opacos que cobraron envidia á mi vestido relumbrante. Me proporcionaron un lugarcito tan restringido que me ahogaba en el medio de sus cuerpos duros y pesados.

Ese frasco me dejó tristes impresiones, porque ahí empecé á convencerme de que en el mundo hay sentimientos bien imperfectos. Verbigracia, apenas salía el patrón, el mozo de almacén se llenaba los bolsillos de golosinas; una rata blanca y plomo, una lindura, fué atacada por el diente raticida de un gato feroz; en fin, las moscas de alas tenues y livianas, cuyo vuelo seguía yo con infinito placer, morían por centenares sobre un papel artero, traidora celada que el mozo de la tienda les preparaba diariamente.

Esos espectáculos penosos llenaron mi espíritu de la más negra melancolía, y llegué á echar de menos mi pequeña prisión de otro tiempo.

Pero ¡oh, dicha sin igual! Una voz encantadora vino á acariciar mi oído cuando ya la vida se me hacía tan pesada; esa voz sacudió mi tristeza y ¡sorpresa inefable! pronunció mi nombre y mi apellido.

—¿Tiene usted, señor, collarcitos de ámbar transparente?

—Sí, señorita, y de los más finos.

Me sacan de mi estancia y me presentan á la señora:

—Sí, este me conviene; pero es ámbar legítimo, ¿no es verdad?

—Legítimo, señorita.

—¿Cuánto vale?

—Dieciocho pesos.

Y me fuí con la señora, en uno de sus bolsillos, que transcendía á cuero ruso y á violeta.

Cuando llegó á su casa, mi dueña me sacó triunfalmente y exclamó:

—¡Aquí está el collar! ¡Ya no le dolerán más los dientes á mi lucero!...

Porque han de saber mi lectores que algunos me atribuyen la virtud de calmar las angustias de la primera dentición de los niños.

¡Ay! qué cuadro tan delicioso se presentó entonces á mi vista! En una alegre pieza, llena de juguetes, vi á un niño de tres años montado en un caballo de palo; una niña más grande vestía una muñeca, y en los brazos de una muchacha rozagante un nene que me

miraba con unos ojos tan preciosos que me parecían soles. ¡Y era tan risueño su semblante! Nunca probé felicidad mayor que la de ese momento. Sus manecitas me llamaban á él; me tomó, me puso en su boquita, me mordió (yo encontré eso muy bueno), y, en fin, consentió en que me pusiesen alrededor de su cuello.

Los dos otros niñitos se pararon en sus juegos, se acercaron al lindo nene y con la mamá y la sirvienta gritaban:

—¡Oh! ¡qué bonito el collar de Juanito! ¿Démelo, quiere, alma mía? ¿De quién es el collarcito?

Los días siguientes fueron para mí días de risa y de ventura. Puesto en el cuello de Juanito, hice paseos maravillosos. En la tarde se nos veía en la Quinta, un jardín de hadas que nunca había soñado, ó en la Cañada, una alameda grandiosa que no se cansa uno de recorrer.

¿Y la música militar que hacía henchirse de júbilo á mi querido dueño? ¿Y esas inefables caricias de las cuales participaba yo? ¿Y esos gritos de alegría, esa risa cristalina, ese sueño de ángel que venía después, el dulce arrullo de la canción materna?... ¡Recuerdos queridos, escenas sublimes, cuadros desgarradores, risas, dudas y esperanzas, no son ahora sino fantasmas que mi memoria evoca en vano!...

Juanito andaba solo ya, y el adorado nene quería llevar siempre su collar, así es que no me separaban de él. Parece que yo había obrado de una manera benéfica sobre la dentición de mi amado Juanito; sus caninos habían salido sin tropiezo, y el niño se veía libre de accidente.

No obstante, llegó un día tenebroso, un día de tristeza indefinible. No levantaron á Juanito de su cuna; le dolía la garganta. Caballeros vestidos de negro le abrieron la boquita por la fuerza, lo hicieron sufrir mucho... y yo sentí en esa hora un dolor horrible.

¡Ay! no sufría yo solo... Cuando los caballeros vestidos de negro salieron, la madre lloraba y el padre tenía pintada la desesperación en el semblante, los hermanos andaban en puntillas y hablaban en voz baja... ¡Pobre Juanito! El llamaba siempre á su mamá, pero su voz era tan triste y tan débil que yo la desconocía... y su pescuezo estaba tan quemante... su corazón latía tan fuerte...

¡Juanito! ¡Juanito! ¿qué tenías? díme lo. ¡Ay! ¡Nadie lo ha sabido, lo que tenía mi Juanito! ¡Nadie! ¡Nadie!...

De repente, su corazón ha dejado de latir... he oído un grito horroroso arrancado, sin duda, del alma de la madre...

Han puesto á mi Juanito un largo vestido blanco, lo han acostado sobre un lecho de flores, pero él no decía nada... dormía siempre... no se despertaba...

¿Por qué?... Después lo han puesto en un cajón y... ¡atrocidad sin nombre! allí adentro lo han encerrado solo, conmigo... Entonces me parece que nos han llevado muy lejos; pero ¿á dónde?... No lo sé... Y Juanito duerme siempre... y su corazón no ha vuelto á latir... ¡Juanito! ¡Juanito! ¡Despierta!...

Me han dejado alrededor de su pescuecito, y tengo frío. Juanito está helado... ¡tan helado!...

Pero ¿por qué lo han dejado irse? ¡Ay! No soy yo el digno de lástima; yo he acompañado á mi bonito nene... nó, no soy yo quien inspira lástima... Si sufro de no poder mirar más el sol, las flores, la luz del día, es por él, por mi Juanito, que está encerrado aquí y duerme siempre... Si me desespero al oír cantar los pajarillos, de no poder verlos, es por el ángel querido que los amaba tanto!

A veces oigo sollozos ahogados más arriba de nuestra prisión, y adivino un sutil perfume de rosas... Entonces, algo me dice que es la madre inconsolable que busca á Juanito y lo llama con el eco de los suspiros y el aroma de las flores.

¡Ah! ¡Lo querían locamente!... es verdad... y sin embargo lo han dejado

marcharse, y sólo su collar amarillo le sirve de centinela en el campamento de los muertos!

LODOISKA MAAPAKÁ

CARTAS JAPONESAS

CARTA UNDÉCIMA

Querido marqués:

El otro día me vino á visitar uno de los literatos más conspicuos de este bello país. Reina entre nosotros cierta intimidad, y nuestra conversación fué muy familiar y animada. En lo mejor del diálogo, me espeta el ilustre escritor esta pregunta:

—Un japonés y un chino, ¿no son una misma cosa?

Casi me fui de espaldas. Ya sabes que estando en París, se me hizo idéntica interrogación, lo que dió lugar á mi muy comentada réplica al *Figaro* de aquella ciudad. Pero si es permitido en Francia confundir á un japonés con un *shakabank* (1) del Imperio del Medio, en Francia, donde ese truhán de Pierre Loti ha contado acerca de nosotros un rosario de barbaridades, no es admisible que un chileno, y por añadidura escritor laureado, incurra en tamaña equivocación. Los chilenos son cosmopolitas, y conocen mucho la vida social, artística y comercial de las naciones extranjeras. Te repito que mi asombro fué grande. Me fuí de espaldas, casi, y dije *Loutiska!* (2).

Felizmente, el señor Porras (se llama así el protagonista de mi cuento), no posee el japonés, ni, lo supongo, adivinó el sentido de aquel vocablo.

Creo que notó, sin embargo, la impresión que dejó en mí su pregunta, pues dijo:

—No le extrañe mi ignorancia sobre el particular; ella es común á todos mis compatriotas.

Para tranquilizarlo, le respondí:

—¡Qué me ha de extrañar, cuando muchas doctas corporaciones del viejo mundo cometen la misma confusión!

—Sé, prosiguió el literato (y eso lo sabemos todos), que la China y el Japón son dos comarcas distintas; pero no vemos diferencia entre los habitantes, las costumbres, la civilización en general de uno y otro país. Le agradecería, señor conde, que me ayudara á salir de ese grave error.

—Con el mayor agrado, repliqué.

Y á continuación pronuncié el breve discurso que, según mis recuerdos, te transcribo:

—Es verdad, señor Porras, que una de esas dos sociedades asiáticas ha sido la cuna de la otra; pero ahí se detiene su filiación común. El aspecto físico de los pobladores y su carácter peculiar, ofrecen divergencias profundas.

En el Japón, país hospitalario, el arte y la urbanidad parecen estar mezclados con el aire que uno respira. El japonés es maestro en la ciencia del vivir y en el arte de pintar la vida; la nuestra, se entiende, que no es ni la de los chilenos ni la de los chinos.

La China, en cambio, es una tierra hostil, tanto al arte como al extranjero. Un viajero que quisiese bosquejar ahí á uno de los habitantes, se expondría á una negativa brutal. El chino profesa el culto de la humanidad física. Prestar su rostro á la reproducción fotográfica, es una fantasía que el chino ve preñada de los mayores peligros.

En el Japón sucede todo lo contrario. En ese jardín florido donde reinan la luz y la alegría, donde todos sienten y comprenden las bellezas de la creación, el pintor, el simple fotógrafo pueden ejercer su arte en paz.

Al contemplar á un europeo, el niño chino brama y se esconde; el japonés le sonrío.

(1) *Shakabank* debe de ser una expresión de desprecio.

(2) *Loutiska*, algo como ¡caramba! ó ¡caracoles! ó ¡canastos!

Los chinos y especialmente las chinas, se cubren de ricas vestiduras, de brillantes joyas; la japonesa es sencilla en su atavío, modesta en su trato.

La China brinda el repugnante espectáculo de una colección de hambrientos, de inválidos, tullidos, parálíticos y monstruos, cuya abyección no tiene igual en el orbe. Como cada cual en tierra sus muertos donde se le antoja, se encuentran en las calles, en las plazas, en los campos, sepulcros medio corrompidos, fragmentos de esculturas que han representado á algún perro ó caimán, en conmemoración de un personaje famoso, y que han sido entregados á la intemperie y al olvido.

En el Japón todo es próspero y risueño. Salvo la ceguera, las enfermedades crónicas son raras. Si se exceptúan los bonzos limosneros, la mendicidad no existe. Además, nuestro carácter nacional es de tal condición, que atenúamos en lo posible el horror de las miserias humanas. Rodeamos de atenciones á los ciegos, y los ponemos en caricatura. No tenemos jorobados; por eso la joroba no es entre nosotros motivo de burla.

La casa chinesca, construída de ladrillos pesados, es tosca y sin gracia; la casa japonesa, de madera y de papel, tiene el aspecto divertido de un inmenso juguete. El traje japonés no lleva, como lleva el chinosco, ojales ni botones. Nosotros usamos sandalias; los chinos gastan zapatos.

Los japoneses no usan la trenza del chino, ni juegan como él, ni fuman el opio. La mujer japonesa no se mutila los pies; anda en todas partes libremente; no necesita ser custodiada por eunucos.

Y estas diferencias, entre otras mil, le explican á usted por qué mis paisanos menosprecian á los chinos.

Las diversiones en el Japón presentan un carácter esencialmente artístico y poético. La poesía goza allí de mucho aprecio.

—¿No podría usted darme algunos datos acerca de la instrucción pública en su país? me preguntó el señor Porras.

—¡Ah! amigo, le contesté; veo que usted es aficionado á la instrucción, le gusta que el muchacho aprenda y se ilustre. Pues bien, el Japón puede considerarse el paraíso de los niños. Todos llegan al mundo de buen humor; más tarde van alegremente á la escuela, son ahí particularmente aplicados y se conducen muy bien.

Antes de la gran revolución que nos dió la instrucción gratuita y obligatoria, no había escuelas para los hijos del pueblo; sin embargo, todo el mundo, sin excepción casi, sabía leer y escribir los caracteres que representan los objetos y las ideas usuales.

—¿Y cuántos signos hay en el idioma japonés? inquirió mi amigo el literato.

—En las escuelas se enseñan hoy tres mil, más ó menos. Un hombre distinguido debe conocer unos ocho mil; pero no se merece el nombre de letrado sino cuando se poseen treinta ó cuarenta mil.

—La escritura de ustedes ¿es ideológica?

—Tenemos la escritura ideológica, y también una escritura fonética que llamamos *Katakana*, tomada de otra inventada por el sacerdote de Boudda *Daitshi* y denominada *L'hirakana*. No hay ningún país del Universo donde la enseñanza sea más cómoda y fácil que en el Japón. No hay ejemplo de que un niño se fastidie del estudio. La piedad filial es igualmente una costumbre inveterada entre nosotros, y la tolerancia religiosa un principio fundamental de nuestra sociabilidad. No se conoce en el Japón el fanatismo.

Nuestro pueblo es esencialmente artista. Los niños nacen con el pincel (1) entre los dedos. Un muchacho de escuela pintará admirables paisajes, y un

(1) Los japoneses escriben y dibujan con un pequeño pincel que llevan casi siempre consigo.